

LA MUJER MUSULMANA TRADICIONAL EN *BAYNA-L-QAŞRAYN* DE NAÛĪB MAĦFŪZ

M.^a Dolores López Enamorado

El objeto del presente estudio es el de analizar un tipo de mujer muy representativo en la sociedad egipcia, la mujer tradicional, fuertemente apegada a los valores morales. Este acercamiento se ha realizado a través del personaje de Amīna, la protagonista femenina de la obra *Bayna-l-Qaşrayn*, primer volumen de una trilogía escrita por el novelista egipcio NaÛĪb MaĦfŪz entre 1947 y 1952 y publicada en 1956-57. Dicha trilogía consta, además del título ya citado, de los siguientes libros: *Qaşr al-Sawq* y *al-Sukkariyya*. Estos nombres pertenecen a tres callejas de uno de los barrios más populares de El Cairo. El volumen que nos ocupa narra la vida de una familia cairota, abarcando el periodo comprendido entre 1917 y 1919.

Su autor, NaÛĪb MaĦfŪz (1911-) es enormemente prolífico y su creación ha pasado por diversas etapas, que expone Marcelino Villegas¹ en la siguiente división:

- 1.- Colección de relatos breves.
- 2.- Novelas históricas.
- 3.- Realismo naturalista: Tendencia a la novela río.
- 4.- Realismo no literal: Tendencia a la novela corta.

Dicha clasificación es compartida por los críticos, aunque algunos matizan diciendo que sólo puede aplicarse a la forma, a la técnica novelesca, y no al contenido de la obra².

Bayna-l-Qaşrayn se inscribe en la tercera tendencia, es decir, en la fase de realismo naturalista. Esta obra relata, a partir del medio familiar, las vicisitudes y cambios ocurridos en la sociedad egipcia de estos años y asistimos a ellos a la

¹ MAHFUZ, Naguib. *El difícil amor. Cuentos traducidos y presentados por Marcelino Villegas*. Madrid: Casa Hispano-Árabe, 1969, p. 8-9.

² AL ASHMAWI-ABOUZEID, Fawzia. *La femme et l'Égypte moderne dans l'oeuvre de Naguib MaĦfŪz*. Ginebra: Labor et Fides, 1985, p. 68.

vez que a la lenta evolución de esta familia de la clase media urbana. En ella la ficción novelesca está perfectamente entramada con la realidad política del momento. Esta última es descrita a través de las vivencias de los personajes y en la medida en que afectan a dichos protagonistas.

Pensamos que el autor plasma el momento vivido por él mismo, así como el entorno familiar en que ha crecido, reflejándose en el personaje de Kamāl, el hijo pequeño de la familia³. Veremos en el párrafo siguiente cómo la propia madre del autor tiene muchos rasgos en común con el personaje de Amīna, la madre en la ficción novelesca:

«En cuanto a la madre, completamente eclipsada tras la fuerte personalidad de su marido, era dulce, devota y entregada por completo a su familia; ella rodeaba a sus hijos, y particularmente al pequeño, de una excesiva ternura para atenuar la atmósfera rígida que reinaba en la casa»⁴.

Este periodo de exarcebado patriotismo, de ferviente nacionalismo, es vivido de diversas maneras por los diferentes protagonistas, aunque la mujer no participa más que como observadora temerosa ante el desarrollo de los acontecimientos. En un Egipto sometido a la ocupación británica, los ideales tradicionales tienen una gran fuerza. De este modo, el papel de la mujer en la vida social es casi inexistente, aunque ya vemos algunos intentos incipientes de participación en la evolución del país, que culminarán con la entrada de cinco chicas en la Universidad de El Cairo en 1929⁵.

Vemos en esta obra dos tipos de mujer bien definidos:

— La mujer de la clase media, entre las que se cuentan las tres protagonistas principales: Amīna (la madre) y sus dos hijas, Jadīya y 'Ā'īša.

— La mujer trabajadora, en este caso dividida en dos grupos fundamentales: Las sirvientas y las cantoras⁶.

El personaje de Amīna, la madre, es el objeto de este estudio. Sus rasgos, aunque pudieran parecer exagerados, coinciden con los de la mujer media de su tiempo. «Muchos musulmanes egipcios, habiendo conocido los medios en cuestión, nos han asegurado que estos personajes no eran creaciones imaginarias; tales tipos humanos se hubieran podido encontrar no hace mucho tiempo»⁷.

³ Esta idea está apuntada por N. BALADI en una reseña sobre la *Trilogía en R.E.I.*, 1958-II (Abstracta Islámica), p. 82-83. MARTÍNEZ MONTÁVEZ, Pedro, *Introducción a la literatura árabe moderna*, Madrid: CantArabia, 1985², p. 145, hace alusión al tema diciendo: «lo autobiográfico interviene como fundamental elemento conformante aunque no esté taxativamente declarado». Sin embargo según WIET, Gaston, *Introduction à la Littérature Arabe*, París: Maisonneuve et Larose, 1966, p. 299, «ningún personaje es proyección del autor».

⁴ Descripción de la madre del autor, en AL ASHMAWI-ABOUZEID, Fawzia, *op. cit.*, p. 52.

⁵ AL ASHMAWI-ABOUZEID, *op. cit.*, p. 34-35. Nos facilita este dato así como otros sobre la integración de la mujer en el mundo de la cultura egipcia.

⁶ Este personaje de la «cantora» (en árabe 'ālīma) aparecerá a menudo en la obra de Naṣīb Maḥfūz. Eran mujeres que cantaban y bailaban en las fiestas aunque, como vemos en el libro, bajo esta apariencia solían prostituirse.

⁷ JOMIER, J., «La vie d'une famille au Caire d'après trois romans de M. Naguīb Maḥfūz», M.I.D.E.O., 4 (1957), p. 28.

Dispersos en la obra encontramos datos de su pasado, de su infancia. Hija de un *ṣayj* azharista⁸, «guardian del libro de Dios»⁹, es educada con gran rigor y de forma muy tradicional, siendo las bases de esta formación la cultura popular, las leyendas y, sobre todo, un profundo aprendizaje religioso, basado en milagros, prodigios y leyendas del Profeta. De ahí ha heredado toda una serie de supersticiones y temores, así como la costumbre de utilizar amuletos e invocaciones para alejarlos, que la seguirán continuamente, conformando su especial forma de religiosidad.

Hija única tras la muerte de sus hermanas a causa de una epidemia, se casa muy joven, a la edad de catorce años. El matrimonio a edad temprana es en esta época una costumbre muy extendida. Youssef el Masry alude al temor de los padres ante el posible libertinaje de las muchachas:

«El matrimonio precoz, tan precoz como sea posible, se presenta como una necesidad social para ambos sexos: Las muchachas para escapar del desfloramiento ilegal; los jóvenes, para tener ocasión de liberarse naturalmente»¹⁰.

Consideramos que éstas, aun siendo causas importantes, no son las únicas. Hay que tener en cuenta que a la mujer se la prepara para el matrimonio desde su infancia, ésa es la meta de su vida, la mujer soltera está mal considerada por la sociedad. Por otra parte, la mentalidad del hombre lo lleva a necesitar una mujer que lo cuide y le dé hijos.

No hace alusión la obra al carácter del matrimonio de Amīna con Aḥmad ‘Abd al-Ŷawwād, su marido, es decir, no sabemos si fue un matrimonio concertado o no. Cabe pensar que sí, dado que era norma común en la época. En muchas ocasiones el marido no conocía a su mujer hasta que se encontraban en el lecho nupcial. Esta deducción viene corroborada por el hecho de que sus hijas, Jadiŷa y ‘A’iṣa, y Yāsīn, el hijo de su marido, son casados con personas desconocidas para ellos, en una época posterior que, por lógica, habría de ser menos conservadora.

Tras su boda, esta niña, convertida de pronto en mujer, ha de enfrentarse a la carga de llevar un hogar, es decir, de ser la sirvienta de su marido, situación que se vislumbra desde las primeras frases de la obra. Ella está esperando, levantada, la vuelta de su esposo de la juerga nocturna para ayudarlo a desvestirse, «estando a su servicio hasta que él se dormía»¹¹. Esta escena se repetirá en numerosas ocasiones a lo largo del relato. La mujer en esta época no podía elevar a su marido la menor queja y, si lo hacía, corría el riesgo de no ser escuchada o, aún más grave, de ser repudiada por él. Expone Amīna en su primer año de casada cierto intento de exigir a Aḥmad ‘Abd al-Ŷawwād moderación en sus veladas nocturnas. La respuesta será tajante:

⁸ Mezquita y universidad de larga tradición, situada en El Cairo. Cfr.: JOMIER, J. E. I. ². Tomo I, s. v. «Azhar», pp. 837-844.

⁹ Maḥfūz, Naŷīb, *Bayna-l-Qaṣrayn*, Maktaba Miṣr, p. 237. (a partir de aquí se citará *B.Q.*) El abuelo materno de Amīna también era *sayj*: *B.Q.*, p. 238.

¹⁰ EL MASRY, Youssef. *Drama sexual de la mujer árabe*, Barcelona: Fontanella, 1963, p. 96.

¹¹ *B.Q.*, p. 5.

«El la cogió de las orejas y le dijo con su voz elevada y en un tono enérgico: ‘Yo soy un hombre, el señor absoluto, y no acepto sobre mi conducta ninguna observación. Lo que tienes que hacer es obedecer, y ten cuidado, no me obligues a educarte’»¹².

Aclarado ya, por parte del marido, el papel que ha de jugar su esposa, ésta se someterá dócilmente a todas las reglas impuestas por él en el seno del matrimonio. El desconocimiento del mundo exterior, unido a la veneración que siente por Aḥmad ‘Abd al-Īawwād, la llevarán a aceptar el orden establecido y a ser dichosa con su situación. Esta felicidad es debida a tres razones fundamentales:

1.- Según la ley su marido puede tomar otras esposas y, sin embargo, sólo la ha elegido a ella. Esto supone un motivo de orgullo para la mujer aunque sabe la existencia de amantes en la vida de su esposo. La madre de Amīna la consuela en ciertos momentos de duda: «Él se ha casado contigo tras haber repudiado a su primera esposa, y hubiera podido recuperarla si hubiera querido, o casarse, no sólo contigo, sino con dos, tres o cuatro más»¹³.

2.- Otro motivo de felicidad lo constituyen los momentos últimos del día, cuando el marido regresa, borracho a veces, de las reuniones con sus amigos. En esos breves instantes Aḥmad ‘Abd al-Īawwād le comenta cuestiones importantes: familia, trabajo, política... Ella escucha interesada, sintiéndose casi una igual, a pesar de que el diálogo no exista debido a la excesiva sumisión, humildad e ignorancia que Amīna padece. Aḥmad charlaba con ella «dándose cuenta, aunque sólo fuera por un momento, de que ella no era sólo una sirvienta sino también la compañera de su vida»¹⁴.

3.- La tercera causa surge del propio entorno familiar, de la casa, en la que ella es la reina y la administradora. Su territorio se compone de la cocina, el jardín y los animales. En él, ella hace y deshace a su antojo, gozando de una cierta autonomía a la hora de organizar su hogar. En este terreno juegan un papel muy importante sus hijos. Con ellos Amīna es una madre totalmente entregada, sentimiento correspondido por todos, aunque la relación que les une es diferente en cada caso: Mientras que para los hijos mayores, Yāsīn (hijo de su marido con la primera mujer, aunque querido como si fuera uno más) y Fahmī, es alumna siempre interesada en aprender, para Kamāl, el pequeño, y las dos hijas es maestra, tanto de los conocimientos religiosos que ella posee como de las enseñanzas adquiridas en las charlas con sus hijos mayores y su marido, que ella transmite al benjamín y a las muchachas, estas últimas tan aisladas e ignorantes del mundo exterior como su madre.

La única descripción de Amīna que encontramos en la obra, salvo brevísimas alusiones, es la siguiente:

«Tenía unos cuarenta años. De estatura media, parecía delgada pero su cuerpo era prieto y relleno, de suaves proporciones y disposición. Su rostro era alar-

¹² B.Q., p. 9.

¹³ B.Q., p. 10.

¹⁴ B.Q., p. 16.

gado, de frente altiva y delicadas facciones, con unos ojos pequeños y bellos en los que brillaba una soñadora mirada del color de la miel, una nariz fina y pequeña que se ensanchaba un poco en los orificios; la boca era de finos labios bajo los cuales surgía un mentón afilado. Su tez era trigueña y brillante, destacando en la mejilla un lunar de un negro puro y profundo»¹⁵.

La autoridad del marido se deja sentir en todas las escenas de la obra, tiranía que llega a ser una verdadera fuente de terror en los miembros de la familia. «En Egipto, como en otros países árabes, el periodo es esencialmente agrícola. Incluso 'en la ciudad' los individuos siguen las costumbres de la familia que permanece 'en el pueblo'. Los valores morales y religiosos conservan su prestigio. El grupo social está sólidamente cimentado por el padre de la familia, a la vez protector y tiránico. Este conjunto autoritario es siempre respetado, en apariencia, pero de hecho, llega a ser insoportable»¹⁶. Los momentos de máxima tensión son aquéllos en que el señor de la casa está presente. Por el contrario, en aquellos actos en los que Amīna es protagonista, reina siempre la paz, el amor y el entendimiento entre los miembros de la familia. Este ambiente distendido tiene su máxima representación en la diaria «reunión del café» a la que asisten todos los componentes del grupo salvo el padre. En estos momentos relajados se bromea, se ríe, se charla... y, a través de las conversaciones, se va perfilando la verdadera personalidad de cada uno.

«Aquella era una hora muy querida por todos, en la que intimaban con el círculo familiar, disfrutando del placer de la tertulia. Se agrupaban juntos bajo el ala materna en un amor puro y una amistad total»¹⁷.

El tema del repudio, tratado largamente en el Corán¹⁸, está latente a lo largo de la obra. En el mundo islámico «basta que el varón árabe diga tres veces a su mujer: 'estás repudiada' para que, automáticamente, su decisión adquiera fuerza de ley. Esta frase repetida tres veces, no importa dónde ni en qué momento, equivale a un juramento, o si se prefiere, a una sentencia del tribunal¹⁹. Esta práctica, tan discriminatoria para la mujer, constituye, junto con otras, una serie de características de la sociedad árabe de la época mediante las cuales el sexo femenino queda relegado a un papel secundario, de sometimiento al hombre. Citamos como ejemplo la antigua costumbre, aún en uso en ciertas zonas, de circuncidar a la mujer para disminuir su goce físico. No entraremos en el análisis de estas peculiaridades de la cultura árabe ya que por sí solas constituirían un extenso tema de estudio.

Este fantasma del repudio flota sobre la cabeza de Amīna, y su temor está acrecentado por el hecho de saber que Aḥmad 'Abd al-Ŷawwād había repudiado a su primera esposa por un motivo insignificante:

¹⁵ B.Q., p. 6.

¹⁶ TOMICHE, Nada, *Histoire de la Littérature Romanesque de l'Egypte Moderne*, París: Maisonneuve et Larose, 1981, p. 63.

¹⁷ B.Q., p. 61.

¹⁸ Corán, 2, 226-242; 4, 130; 33, 4 y 49; 58, 2-4; 65, 1; 66, 4-5.

¹⁹ EL MASRY, Youssef, *op. cit.*, p. 176.

«Ella no encontró perjuicio en disfrutar de su libertad, aunque sólo fuera haciendo uso del derecho que tenía a efectuar una visita a su padre de vez en cuando. El señor se enfadó e intentó impedírselo, riñéndole en primer lugar y, por último, golpeándola duramente. ¡Y lo único que hizo la engreída mujer fue escapar a casa de sus padres!. La cólera cegó al soberbio hombre y creyó que la mejor manera de castigarla y devolver a su cabeza el juicio era repudiarla (...) y lo hizo»²⁰.

Amīna había aprendido la lección y respetaba a su marido. En este campo juega un papel importante la educación recibida de su madre. Según palabras de el-Masry, a la mujer egipcia «si es de ciudad, su madre la ha enseñado que el mejor medio para conservar a su marido es dejarle tanta libertad como cuando era soltero: no hacer preguntas sobre sus relaciones fuera de la casa conyugal, ni sobre sus gastos, con tal que vuelva cada noche»²¹.

El temor y la docilidad impulsan a Amīna al extremo de que, en veinticinco años de casada, no ha salido a la calle salvo «algunas visitas escasas a su madre en el barrio de al-Juranfī⁵, pocas veces al año, efectuadas en el interior de una calesa en compañía del señor»²². Transcurrido ese cuarto de siglo, Amīna cometerá la «falta» que la hará ver de cerca el tan temido repudio. En efecto, un día, aprovechando la partida del padre, los hijos animan a su madre a que salga a la calle para visitar la mezquita de Sayyidna al-Ḥusayn.

«No es más que un corto paseo del que regresarás tras haber echado una ojeada sobre una pequeña parte del barrio en el que vives hace cuarenta años sin haber visto nada de él»²³.

La alegría inunda a todos los miembros de la familia y el proyecto se hace realidad. Amīna, emocionada por todo lo que ve, recorre las calles hasta llegar a la mezquita de su venerado mártir. Tras el rezo y ya de regreso a casa es atropellada y herida por un vehículo. El choque producido entre éste y la mujer simboliza el castigo que la sociedad inflige a aquéllos que trasgreden las normas, es el delator de la falta cometida por la mujer. Según al Ashmawi-Abouzeid el auto simboliza el mundo exterior y con este suceso Naʿīb Maḥfūz «quería que la esposa sumisa se sintiera culpable del hecho de haber desobedecido a su señor y de haber salido de la casa sin el permiso de su marido»²⁴. El accidente, confesado por Amīna a Aḥmad ‘Abd al-ʿYawwād, constituye el motivo de su expulsión de la casa familiar para enviarla a la de sus padres. Tras tres semanas de contenidos deseos de castigo, cuando Amīna está restablecida, su marido estalla, desahogando su cólera:

²⁰ B.Q., p. 121.

²¹ EL MASRY, Youssef, *op. cit.*, p. 135.

²² B.Q., p. 191.

²³ B.Q., p. 188.

²⁴ AL ASHMAWI-ABOUZEID, *op. cit.*, p. 85.

«¡Sal de mi casa sin tardar!»²⁵.

«¡No quiero encontrarte aquí cuando vuelva al mediodía!»²⁶.

Al poco tiempo y a causa de la petición de mano de ‘Ā’īsa, la hija pequeña, el señor reclama a su esposa y ésta regresa a casa, continuando la vida sin cambios apreciables.

Dos nuevas salidas, autorizadas, seguirán a la primera²⁷ iniciando así los primeros pasos hacia una cierta libertad.

La boda concertada del hijo mayor, Yāsīn, con Zaynab, hija de un amigo íntimo de su padre, provocará la entrada en la novela de este nuevo personaje con el que se introducirá una serie de intentos de renovación, aunque pronto serán ahogados por el opresor ambiente de las tradiciones familiares.

Esta chica, Zaynab, había gozado en su vida de soltera de una cierta libertad. Poco tiempo después de estar casada sale una noche con su marido. Esta salida le acarreará una disputa con el señor de la casa, su suegro, en la cual se harán saber a la recién llegada las normas que rigen su nueva casa, es decir, su deber de estar recluída en ella como lo ha hecho Amīna desde su matrimonio.

Esta última, escandalizada y asumiendo su papel de guardiana de las tradiciones y los valores morales tan arraigados en ella, criticará duramente a la mujer de Yāsīn, deseando su castigo por considerarlo justo:

«Hoy la aterrorizaba que ella [Zaynab] hubiera violado las costumbres y las tradiciones y se hubiera permitido lo que no estaba permitido —en su opinión— más que a los hombres»²⁸.

La posterior huída de Zaynab, tras el adulterio cometido por su marido en su propia casa, en la persona de la sirvienta, nos da lugar a establecer un paralelismo entre ésta y Amīna. Zaynab pertenece a una generación posterior, una generación que evoluciona y comienza a liberarse de las ataduras de la tradición, al mismo tiempo que Egipto se va liberando de la opresión del colonialismo británico. Ambas se han sometido a la autoridad de sus maridos, ambas han recibido parecidas respuestas cuando han exigido ciertos derechos. Pero en Zaynab la situación no se prolonga mucho tiempo ya que huye, como hemos visto, a la casa de su padre (reacción que, por otra parte, ya tuvo la primera mujer de Aḥmad ‘Abd al-Īawwād). Esta ruptura supone una gran revolución que Amīna no entenderá jamás. «Ella no tenía capacidad para imaginar a las mujeres nada más que partiendo del ejemplo de ella misma, ni a los hombres más que por el ejemplo de su marido»²⁹.

Amīna sale favorecida de este incidente, aumentando su autovaloración al compararse con Zaynab. Incluso acrecentará la admiración que en la casa se sen-

²⁵ B.Q., p. 222.

²⁶ B.Q., p. 224.

²⁷ Estas visitas son las siguientes:

a) Para visitar a su hija ‘Ā’īsa, ya casada; B.Q., p. 329 y ss.

b) Para asistir a la misma en el parto; B.Q., p. 545 y ss.

²⁸ B.Q., p. 357.

²⁹ B.Q., p. 383.

tía por ella; sobre todo por parte de su marido que, analizando a ambas, se sentirá orgulloso de su esposa. Esta llegará a pensar de sí misma: «¿Acaso no soy yo un ángel en comparación con esta chica?»³⁰.

Esta obra concluye en plena revolución de 1919 contra el colonialismo inglés. Los acontecimientos políticos juegan un papel importante en la narración, aunque en ellos la mujer todavía no participa. En los debates sobre este tema, surgidos en el seno de la familia, la mujer no se interesa ni comprende el alcance de dichos problemas, salvo en lo que se refiere a salvaguardar a los hijos y al marido de los peligros externos, asumiendo la postura de mera observadora y manifestando «la misma resignación pasiva que ante el despotismo de su marido»³¹. Sus escasas intervenciones en el diálogo político surgen desde su situación de profunda religiosidad, atribuyendo el proceso a la mano de Dios, o de los demonios, según sea el momento.

En *Bayna-l-Qaşrayn* la obra que hoy nos ocupa, el personaje femenino es estático, no se subleva ante las condiciones de vida impuestas por el «dueño» de la casa y, lo que es más grave aún, admite su *status* y se considera feliz. En esta sociedad conservadora el cambio de estructuras sólo será posible cuando la mujer se rebele contra su situación, y eso no ocurrirá de forma general hasta pasados algunos años. Afirma José Toro que «no puede lograrse una transformación jurídica de los hábitos profundos de una sociedad sin un previo cambio de las costumbres a través de una mutación de las mentalidades»³². En lo referente a la problemática femenina el mismo autor añade: «Hemos dicho que para cualquier cambio es precisa la previa toma de conciencia por parte de los afectados. Esta toma de conciencia se está produciendo en las mujeres del mundo árabe. El nacionalismo, fruto de la independencia, ha sido el revulsivo que ha agitado hasta la base la más arraigadas tradiciones musulmanas. Al ritmo de los himnos de libertad las mujeres concretas iban despojándose de sus velos más concretos todavía. En realidad son velos que pesan como cadenas»³³.

Este estudio nos lleva a dos conclusiones fundamentales:

1.- La novela no hace más que reflejar la situación real de Egipto en el primer cuarto de nuestro siglo, por lo que podemos considerar a su autor, Naʿīb Maḥfūz, como un verdadero cronista de la época ya que, a través de la ficción novelesca, nos acerca al mundo de la realidad social, cultural, familiar y política del país.

2.- La situación de la mujer es de clara inferioridad con respecto al hombre. Sus funciones se reducen a ser esclava del hogar, madre entregada, esposa sumisa y objeto de placer. Las ideas antifeministas de la época quedan patentes en las siguientes palabras, puestas en boca de Yāsīn:

³⁰ B.Q., p. 448.

³¹ JOMIER, J., *op. cit.*, p. 54.

³² José Toro en la introducción a EL MASRY, Youssef, *op. cit.*, p. 9.

³³ Ib. 33. Ib. p. 14.

«¡¿A qué aspira cualquier mujer fuera de la casa conyugal y la satisfacción sexual?!... ¡A nada!... Ellas son animales domésticos y como tales hay que tratarlas; sin duda no se concibe que los animales domésticos se metan en nuestra vida privada. Sólo tienen que esperar en la casa hasta que queramos acariciarlas. Ser un marido entregado a la vida conyugal es la muerte: una mirada única, una voz única, un único sabor, en resumen, un número limitado de movimientos y voces que se repiten y se repiten sin cesar... hasta que el movimiento y la quietud se confundan y el sonido y el silencio coincidan, ¡no y no!. Yo no me he casado para esto»³⁴.

³⁴ B.Q., p. 387-388.

Nota final: A punto de concluir la impresión de este trabajo ha visto la luz la versión castellana de *Bayna-l-Qaşrayn* [MAHFUZ, Naguib. *Entre dos palacios*, Barcelona: Martínez Roca, 1989.], realizada por un equipo de traductores que yo misma coordino.

